

Nueva Biblioteca Psicoanalítica

EOLIA - PAIDÓS

Directora: *Dudy Bleger*

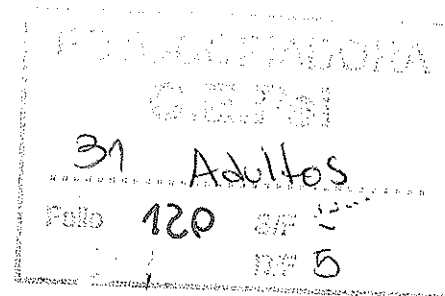
Asesor: *Jacques-Alain Miller*

1. *Análisis de las alucinaciones*, Jacques Lacan y otros.
2. *Modos de entrada en análisis y sus consecuencias*, Eric Laurent y otros.
3. *El decir del analista*, Colette Soler y otros.
4. *La práctica del pase*, Esthela Solano y otros.
5. *La depresión y el reverso de la psiquiatría*, varios autores.

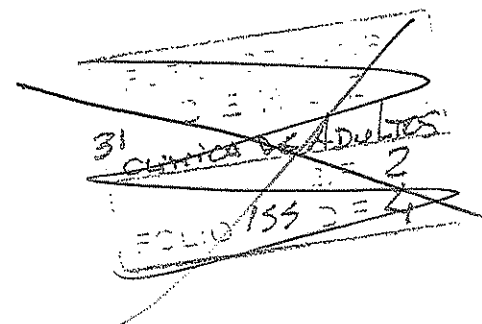
De próxima aparición:

6. *Introducción al método psicoanalítico*, Jacques-Alain Miller.

Esta serie de volúmenes de la Nueva Biblioteca Psicoanalítica es producida por la Sección Clínica de Buenos Aires.



LA DEPRESIÓN Y EL REVERSO DE LA PSIQUIATRÍA



31-155



PAIDÓS

Buenos Aires • Barcelona • México

MARIE-HELENE BROUSSE

Cobardía real: el amor y la idealización del objeto, de un lado, y la decisión de someterse al juicio, del otro lado, esconden la falla del Otro, la inconsistencia del padre; la cobardía aquí sería el retroceder para no ir más allá del Edipo.

4. El remedio a la depresión como cobardía moral es la pérdida: o sea el deseo de sacrificios de los Bienes, de lo Bello y del Padre, es decir del todo fálico. La valentía real es quizás una manera de decir el deseo inédito que surge del no-todo, de la incompletud y la inconsistencia del padre.

¿QUÉ SE ESCONDE EN LAS DELICIAS DE LA DEPRESIÓN?

Carmen Gallano

¿Será azar que lleguen tantas mujeres a los "especialistas", psicoanalistas o no, presentando su estado depresivo como motivo de consulta? Es una cuestión que interroga cuál es el nuevo contexto del mundo moderno en el que viven las mujeres y cómo los objetos y los ideales que se les ofrecen no responden de un vínculo con el Otro en el que pudiera alojarse su ser como objeto del deseo del Otro. No trataré aquí esta cuestión que requiere ser examinada en su amplitud y complejidad. Me limitaré a interrogar el estatuto de la depresión en algunos casos particulares, a partir de la clínica; a la que están confrontados, desde perspectivas distintas, los psiquiatras y los psicoanalistas.

En muchos casos de mujeres deprimidas que he recibido, lo que sí ha sido azar es que se hayan encontrado con un analista, pues no había tal elección a la hora de buscar un terapeuta. En algunos casos, han venido después del fracaso de sucesivos tratamientos farmacológicos, con la gama de antidepresivos que se ofrecen hoy en el mercado. Los psiquiatras consideran estos casos como depresiones "resistentes" y no saben muy bien qué decir de ellas, ya que no se puede establecer una correlación entre los mecanismos de acción de los antidepresivos, estudiados en el laboratorio y los efectos clínicos manifestados por los pacientes.

Hay casos de depresiones "resistentes" a los antidepresivos en los que el encuentro con un analista abre la vía de la experiencia del inconsciente. No son resistentes al psicoanálisis. En el nº 2 de *Mental*, revista francófona de la EEP, podemos leer un artículo de Markos Zafiropoulos en el que expone un caso de este tipo. En ese caso, la apertura al psicoanálisis coincide con el rechazo del sujeto al goce experimentado con la ingesta de la medicación. Pero no siempre la medicación es situada por el neurótico en su economía de goce. De ahí que respecto de la cuestión de los medicamentos, el psicoanalista ha de preguntarse cuál es el uso subjetivo que el paciente hace de la medicación.

Hay otros casos que son también resistentes al psicoanálisis. Son los que plantean una especial interrogación al psicoanalista. En estos casos, para el psicoanalista se juega situar las condiciones de operatividad de su intervención, en las suertes de apertura del sujeto al inconsciente. La partida no es sencilla cuando el afinamiento del sujeto en su lamento depresivo y la indiferencia ante los síntomas en los que podría implicarse como sujeto, manifiestan un cierre al saber. Son casos en los que el diagnóstico no es fácil pues el rechazo del inconsciente y la inercia del estado depresivo, sin que el sujeto sitúe otra cosa que la identificación que ha perdido, pueden hacer pensar en una psicosis.

Partiré, pues, de la clínica, de lo que he encontrado de común en una serie de casos, para interrogar después en qué economía subjetiva la depresión impone su reinado. Al subrayar lo que tienen de común, aparece solamente la estructura que se muestra en la posición de estos sujetos. Recordemos que en la "Introducción a la edición alemana de los Escritos" (publicada en francés en *Scilicet* nº 5), Jacques Lacan pone de relieve que "lo que resulta de la misma estructura no tiene forzosamente el

mismo sentido" y que "no hay sentido común del histérico, pues su identificación se sostiene en la falta y no en la causa de la falta". Igualmente, respecto de la neurosis obsesiva, Lacan subraya que las guerras de religión parten de que "un obsesivo no puede dar el menor sentido al discurso de otro obsesivo".

En la medida en que en algunos de estos casos no ha habido entrada en el trabajo del inconsciente, no ha surgido el sentido particular que el desciframiento del inconsciente aporta sobre lo ignorado del lazo del sujeto con el goce y las huellas significantes en las que se inscribe su deseo. Son sujetos que se limitan a desgranar los afectos que muestran la naturaleza de su lamento depresivo: abatimiento, vacío de sentido, peso del cuerpo, dolor congelado... Dan testimonio de lo que es para ellos imposible de soportar, pero ese imposible de soportar no se sitúa en las coordinadas significantes de la coyuntura en la que se han desmoronado (La Sra. D), por ejemplo, durante más de un año comienza sus sesiones mirándome y mostrándome una expresión abatida y crispada. Y a continuación dice, en un tono firme, "fatal, sigo lo mismo". Seguidora de lo mismo, en efecto, así se anuncia y se identifica esta señora, que viene a verme y a hablarme para no olvidarse de su depresión, pues en sus actividades cotidianas, cuando está suficientemente ocupada, se olvida de que está deprimida.

Seguidora de lo mismo, la Sra. D. espera la curación como *restitutio ad integrum* de su estado anterior. Estado anterior que se resume en la identificación con su marido. Ella era lo mismo que su marido. "Él forma parte de mí —dice—, por eso no puedo soportar lo mal que queda y que no le importe". El marido es director de un equipo de investigación en biología y ella trabaja en el laboratorio, con él y para él. Mientras ella podía verlo ocupando el número uno en el ranking de la competición

fálica, para ella todo iba bien. Ahora que el saber y las realizaciones del marido han perdido su brillo fálico, ella se siente reducida a nada y no soporta los días junto a ese hombre que es sordo a su lamento. El deseo, que en ella antes se animaba en la identificación fálica, se ha extinguido. A partir de que ella introduce en la escena a su Otro, el lamento se revela acusación y la mostración del estado depresivo está dirigida a suscitar el cuestionamiento de ese Otro. En el caso de la Sra. D., su estado, ella se desespera comprobándolo, no constituye un enigma que el marido esté interesado en descifrar. Él, como buen biólogo académico, considera que la depresión de ella puede deberse a los efectos secundarios de una medicación antirreumática o a otras causas biológicas que los médicos terminarán de vencer con las prescripciones adecuadas. Esta interpretación de él la desespera, por lo que supone no querer oír nada de la parte que ella considera que él tiene en el sufrimiento subjetivo de ella. Sin embargo, la Sra. D. había aceptado con indiferencia que él atribuyera su impotencia sexual, que se remonta a varios años atrás, a su enfermedad diabética.

La presión, a veces muda y a veces ruidosa, en la Sra. D., de su demanda al Otro la manifiesta como demanda de que el Otro vuelva a ser el mismo, de que recupere la consistencia del Uno fálico que tenía en la escena familiar, profesional y social. Pues para la Sra. D., en el lugar del Otro sólo rige el Uno, el Uno dictado por los Ideales de su madre, que orientaron la elección de este matrimonio con un hombre que no la atraía, que siempre le ha parecido feo, y al que antes amaba sólo por haber hecho de ella la elegida por el Amo exitoso entre las chicas del laboratorio.

La extinción del deseo confronta al sujeto con el peso de un goce que hace de sus días un idéntico suceder, lo

eterno de un instante fuera del tiempo. Se revelan los estragos de la sumisión al Ideal y del amor al Uno cuando cae el envoltorio fálico de la imagen y se muestra la miseria que acompaña al vacío que es el sujeto. La Sra. D., ferviente seguidora del Ideal en el que se acomoda el brillo fálico de la imagen del hombre y de la suya, ya no puede seguir deseando por identificación con su marido. Eso no abre en ella ningún espacio para la cuestión del deseo. No es tampoco la histérica que se ofrece para sostener al hombre desfalleciente ni la que se interesa por el enigma del deseo de él. En su depresión, está adherida a lo que escapa a la identificación. Muestra en su ser la respuesta de esa pérdida que la alienación significante produce. Encarna, en su fijación depresiva, la equivalencia entre el vacío del sujeto y el resto de goce que cae del significante.

Para explicarse lo fijo, lo inamovible de su estado, la Sra. D., recurrirá a la declaración de su carácter masoquista y me entretendrá con la novela de su impotencia, impotencia en relación con su aspiración de obtener que su marido le asegure el valor fálico de su ser. Es un paso cuando el sujeto acepta confrontarse con lo que su depresión tiene de coartada, lo que se ahorra con ella, pues la exime de hacerse cargo de la cuestión de su deseo propio. La Sra. D. puede hablarme, a veces, también, de su impotencia en relación con lo que en ella no funciona bien, a las fallas en ella y no sólo a las fallas de él. Sobre todo a su permanente indeterminación en las situaciones en las que tiene que dar algo o hacer algo para los otros. Puede reconocer algo de sus síntomas, pero los deja de lado. Cuando pongo el acento en ellos, me recuerda una y otra vez que no le preocupan mucho y que no le importa que los otros la vean tan insegura. Lo que la ocupa es el tormento de su vana expectativa de que el Otro responda de su satisfacción.

Frente a lo imposible de soportar de lo real del goce y de la falta que no se traduce en deseo, la posición de estos sujetos es apelar a esa figura del Otro, siempre el mismo, según su fantasma. No se suelta de ellos la suposición de un sujeto al saber inconsciente. No hay llamada al Otro como saber supuesto, no hay búsqueda de sentido, pues no hay enigma. No esperan nada nuevo para su vida y apelando volver a lo idéntico, a lo perdido, dan testimonio del goce del que no se despegan.

¿No es en la medida en la que un sujeto se suelta, por un instante, en un instante de ver, de su goce, que en su división se abre la llamada al Otro significante? La Sra. D. ha hecho de su constante tristeza sufriente su objeto, el objeto que colma su división y equivale a su falta. Ese goce la horroriza y la atormenta, pero me dice cómo se desgasta en su voluntad de guardárselo y disimularlo. En las sesiones, ella esperaba de mí que le diera la clave para restaurar en el marido el deseo de seguir en la competición fálica, de vencer a los otros hombres del entorno profesional y familiar. Esperaba que le diera un saber, un saber hacer para conmover al marido y valer de nuevo para él como el objeto preciado, de modo que él estuviera dispuesto a cambiar su proceder por ella y se ocupara de que ella "quedara bien" ante los otros. En definitiva, sólo esperaba que le diera la clave para no ser ella perdedora, para ganar de nuevo a un hombre que sirviera a la imagen narcisista de ella. La Sra. D. interrumpe las entrevistas cuando comprueba lo imposible de su empeño. Concluye que las sesiones conmigo no le sirven, que quizá tenga que atreverse a separarse de su marido y arreglárselas sola con su situación.

¿Qué se esconde en las delicias de la depresión? ¿Qué gusto encuentra el sujeto en mantenerse aferrado a la inercia mortífera del peso de un goce, que es el lastre de su demanda, con la que se obtura su deseo? (La Srta. A.)

una joven de quince años, lo pone sobre el tapete, primero, con un intento de suicidio por ingesta de medicamentos —motivo por el que su padre la trae a mi consulta— y después, con una fuga del domicilio de sus padres. Es una joven que muestra en su vestimenta y arreglo físico los emblemas de identificación de una tribu urbana que se llama "Siniestros" y que tiene como punto de referencia, como Ideal, el culto a la melancolía del cantante que se suicidó, del grupo Nirvana, Kurt Cobain.

A la Srta. A. no le interesa el sentido de esta identificación, pues es sólo asunto de imagen, ritos y poses. No sabe decirme nada de lo que significa pertenecer a la tribu de "Siniestros". Ella está ahí por su novio, aunque el novio, trece años mayor que ella, ahora "pasa" de lo que hacen. (En el argot madrileño, que ya no está apegado a los rasgos de identificación del grupo.) Ella sigue apegada a mostrar en su imagen los signos de esa identificación del novio que determinaron que ella se "enrollara" con él. La Srta. A. recuerda su infancia siguiendo a su padre y confortada por el amor de su padre, que es lo que le ha permitido distanciarse de su madre e ignorarla. La madre tiene un largo historial psiquiátrico. Es una madre cuyo delirio paranoico, vociferado sin cesar como un sonsonete en casa, es insoportable para el padre, para ella y para su hermana. Ella no lo sufre mucho, contrariamente a lo que piensa el padre, que interpreta que el intento de suicidio de su hija se debe a lo insufrible de la madre en la vida cotidiana de la casa. No lo sufre porque desde pequeña "pasa" de esa logorrea incesante, que para ella no significa nada que le permita hablar a su madre. La Srta. A. se hace sorda a esa madre, al igual que el padre y la hermana mayor. Sólo así puede convivir con esa presencia parlante, con ese goce ajeno al sentido. En su reivindicación, la madre denuncia que su marido no es un hombre pues no quiere cumplir sexualmente con ella.

La Srta. A. se toma un tubo de pastillas —que no son las que toma la madre— mientras se lo comunica a su hermana, en el momento en el que el novio, que se le revela tan tirano y exigente como su padre, le dice que no va a seguir con ella si no sale con él cuando él se lo pide. El novio hace caso omiso de que si ella no le complace es porque su padre limita severamente sus salidas en nombre de su obligación de quedarse en casa a estudiar, fines de semana incluidos. El novio se hace sordo al sufrimiento de ella de no poder salir cuando quiere. “¿A cuál de los dos tengo que complacer?” es la cuestión que aparecerá en lo que me va diciendo en las entrevistas. Es la cuestión que la desgarran y que no puede resolver. Se presenta en el callejón sin salida de ser objeto de dos demandas contrarias, de dos hombres que rivalizan, en una guerra sorda, por ser los que tengan un poder sobre el deseo de ella. El precio del amor es para la Srta. A. satisfacer los imperativos de la demanda del hombre que se ocupa de ella. Ella se dedica a suscitar y sostener el deseo sexual del novio, y una vez que ha verificado —después del intento de suicidio— que ni su padre ni su novio quieren perderla, el asunto que espera resolver conmigo es el de la insuficiencia de su goce sexual, insuficiencia que insatisface las exigencias del novio de que ella goce “a tope” con él. La Srta. A. quiere gozar más para que él goce más según su fantasma y así le asegure su amor. Esta demanda del novio, que hace resonar el eco de la obscena reivindicación de la madre, coincide también con el Ideal de su hermana mayor, que es enfermera y estudia sexología, y que se dedica a dar cursos, a predicar que las mujeres pueden acceder al pleno placer sexual sin trabas. La Srta. A. quiere seguir esa norma, gozar como gozan las mujeres modernas, según lo que predica la hermana. Me habla de esa aspiración con los mismos términos que insisten en los artículos de la re-

vista *Cosmopolitan*. En esa revista, de éxito creciente en España (pues es la revista de las mujeres modernas, las que saben buscar en todos los ámbitos de su vida su satisfacción fálica, eligiendo a la carta entre la variedad de menús que propone la revista), no hay más ideal femenino que el del cinismo, sin melindres que lo impidan, de un goce a gusto de cada consumidora. La Srta. A. no se considera aún, a su pesar, a la altura de ese cinismo —es lo que deja oír—, que le permitiría arreglárselas con el padre y con el novio sin tantas inquietudes y vacilaciones subjetivas. Piensa que su depresión resulta de su desánimo y de su hundimiento al no lograr que la comprendan ni su padre ni su novio, y al chocar con la negativa a entrar en el terreno de la razón del uno y del otro. Ella se agota explicando a su padre que no tendrá más ganas de estudiar ni se concentrará más por quedarse horas en la silla cuando él la obliga. Y se agota queriendo que su novio entienda que si aún no pueden vivir juntos, porque él no la puede mantener, no puede pedirle que rompa con su padre. Está en la imposibilidad de ser servidora al tiempo de dos amos, de esos dos obsesivos que no pueden dar ningún sentido el uno al discurso del otro. La Srta. A. se lamenta de que el efecto de las entrevistas que mantengo con su padre, en su presencia, pues él evita verme a solas, suaviza un poco su situación y da un poco de margen a que el padre la escuche, sólo mientras él teme que se repita el intento de suicidio de su hija.

La Srta. A. comprueba que las cosas han vuelto al estado anterior, insostenible para ella, una vez que el idilio transitorio con el padre y el novio, a resultas de su intento de suicidio, no ha durado. Mi interpretación de que sólo encontraba la vía del peligro de su desaparición, para que cedieran y manifestaran el lugar que le daban en su deseo y en su amor, tuvo el efecto de frenar que esa

desaparición de la escena la jugara en lo real, y de des-
plazar esa desaparición a su manifestación en fugas,
que no ponían su vida en peligro y que mostraban ade-
más su llamada al Otro materno que nunca le había da-
do cabida. En sus fugas iba a casa de una amiga, de la
que envidia la madre que tiene, una madre con la que su
amiga puede compartir los acontecimientos del discurrir
de sus deseos y hablar de sus inquietudes cotidianas.
Pero ese anhelo contrastaba sin embargo con la posición
de la Srta. A., que identificada con su padre nunca habla
de lo suyo, a diferencia de sus amigas, aunque ellas se lo
faciliten. "Cerrada como él", cuando encuentra la acogi-
da de la madre de su amiga y de sus amigas se pone dis-
tante, porque no quiere contar a nadie los horrores de su
casa. Y en ese cierre se mantiene conmigo. Aunque la lle-
vo a recordar su infancia y aparece un tiempo en que la
madre no estaba tan loca y se ocupaba de ella y de sus
cosas, no quiere dar a eso un valor, pues domina en ella
el mensaje de su padre, que odia y desprecia a su madre,
pero que manifiesta que no se puede separar de ella "por
sus hijas y por mantener la unidad familiar".

La frialdad dura de la Srta. A. sólo se suaviza con el
novio, que aunque de fachada sea como el padre, un ni-
ño mimado y tirano, no alberga la misma atadura fan-
tasmática ni el mismo goce que el padre. Ese novio,
cuando lo conoció, estaba deprimido y se mostraba des-
dichado, cosa que ella nunca ha visto en su padre. Ella
tuvo que poner mucho de su parte para seducirlo y ani-
marlo. Que él se mostrara frío y distante no la desani-
mó, por él contrario le estimulaba lograr que él se deci-
diera a comprometerse con ella y a cambiar de vida. La
vitalidad de lo que sostenía el deseo de la Srta. A. se ha
apagado desde que el deseo, obtenido, del novio sólo se
traduce en esa tiranía, idéntica a la del padre, y en esa
guerra para ganar en la competición con él a cual de los
dos ella va a seguir.

En sus *acting-out*, de suicidio, de fuga, a mi entender,
la Srta. A. se hace presente como objeto de deseo, igno-
rado por la pasión yoica de ellos, mostrando la falta que
su desaparición restauraría en ellos. Se sacrifica para
hacer surgir la falta en esa figura masculina que no la
muestra. Con su pérdida pone en juego "la opacidad del
ser que le vuelve al hacerse sujeto que responde a la in-
timación del Otro". Reconocerán aquí los términos que
me orientan, de Jacques Lacan, en "Posición del incons-
ciente". Si la depresión de la Srta. A. es el correlato de
su identificación, de su alienación, el *acting-out*, a mi en-
tender, muestra el retorno de esa identificación, la sepa-
ración por la que apunta a la opacidad del deseo del
Otro.

"La torsión por la que la separación representa el re-
torno de la alienación", en la lógica que Lacan formaliza
en "Posición del inconsciente", permite situar la clínica
de la depresión como manifestación del sujeto del in-
consciente, en una elección del ser y no la elección del
sentido. Así, propongo para debatir sobre lo que nos
plantean estos dos casos que lo que se esconde en las de-
licias de la depresión es *la voluntad de ser sin saber de
la falta*, dicho en otros términos, la voluntad de ser sin
pasar por la castración que agujerea al Otro y que está
inscrita en el saber del inconsciente. No consentir a la
pérdida que da entrada al sujeto en el campo del deseo
que es el campo del Otro, se paga en un retorno de la
pérdida como separación de la Demanda del Otro. Cuan-
do el sujeto se rehúsa a buscar su sitio en el saber del in-
consciente, el sujeto retorna en la pérdida que acompa-
ña a su advenimiento, a la llamada, que lo petrifica, de
un significante-amo.

Estos sujetos, de tristeza dura, nos enseñan que la
tristeza dura mientras el sujeto se queda en el eterno
instante de la pérdida, sin consentir entrar en el tiempo

del saber en el que el inconsciente ofrece el cauce del deseo. La Sra. D., que no soporta haber perdido lo que ha perdido, pierde porque quiere tener sin perder, sin pagar el precio. No da nada de ella, como lo indica cuando me dice que ante su indeterminación a la hora de hacer regalos de Navidad a los suyos —por no saber cuál es el regalo que satisfaría a cada uno—, ha optado por no hacer regalos. Ahí está su determinación. Y se queda afincada, en su *no* al Otro, en un goce que la arruina. La Sra. D. recuerda cómo su madre, ella y sus hermanas se hicieron sordas a la depresión y a la angustia de su padre, que era campesino, en el momento en que las malas cosechas lo dejaron arruinado. No podían soportar el dolor del padre, su dificultad para rehacerse, y cuando murió nada sintieron pues ya lo consideraban como a un muerto desde el momento en que él se arrastraba sombrío, habiendo perdido su función de proveedor de la satisfacción de la madre, que sólo estaba pendiente de recalcar lo que tenían de brillo y de éxitos los hombres de otras familias.

La Srta. A., para quien la palabra de la madre es sólo desvarío de una voz y para quien la palabra del padre sólo imperativo, no soporta que el deseo del Otro se reduzca a una demanda. Pero está atrapada por esa demanda, y al querer satisfacer el fantasma de esos hombres, lo que entrega de ella, le hace perder la palabra en la que su demanda de amor le permitiría hallarse como sujeto. No queriendo perder lo que puede valer como objeto de satisfacción fálica del hombre, y por identificación, de la suya, pierde el sentido de su deseo, afincándose en el "no pienso" de su ser para el Otro. La Srta. A. interrumpe sus entrevistas cuando, al mejorar sus resultados escolares, piensa tener el arma para acallar al padre y dedicarse mejor a satisfacer al novio. Se considera curada de su depresión. De lo que pasa con su madre no quiere saber nada.

La Sra. D. y la Srta. A. son histéricas, muy distintas ciertamente, pero tienen en común que ambas desean por procuración y ambas se sostienen en una identificación fálica, cuyo secreto es su aspiración fantasmática a aunar el Uno fálico con el goce, a hacerse el objeto *a* que completara al Uno, para hacer al Otro consistente. Los momentos en los que se pone al desnudo el fracaso de esa aspiración se traducen en el estado depresivo, en el que la pérdida del goce fálico trae consigo la emergencia del goce que no se puede armonizar con el Uno y que cierra el espacio del enigma del deseo del Otro.

También en casos de neurosis obsesiva podemos ver esas formas de depresión resistente a cualquier tratamiento. La Srta. E. es traída a mi consulta por sus padres, tras el fracaso de una psicoterapia de dos años y de los antidepresivos. Tiene 35 años y ha concluido que, habiéndose realizado lo peor que ella siempre había sabido que era su destino, al abandonarla sin mediar palabra su amante, sólo le queda encerrarse como muerta en vida, quedándose postrada e inmóvil en la cama, en la más profunda tristeza sin esperanzas.

La Srta. E., en su aislamiento, muestra al sujeto de inconsciente como muerto, en la petrificación de su adherencia a una identificación que la nombra, en el decir de su madre, desde que era niña, como solterona amarga sin futuro, al igual que las hermanas del padre, que el padre venera. La Srta. E. quiere convencerme con argumentos sin falla, muy ordenados en su pensamiento, de que la pérdida de su novio demuestra que nada vale la pena desear, pues cada vez el futuro que ansía se demuestra, a la hora de la verdad, idéntico al pasado, como lo ya conocido de antemano. Todo está regido para ella por el significante que la petrifica y la asegura de lo peor. La Srta. E. había puesto en el lugar del Otro, del *partenaire*, al hombre perfecto de su Ideal, frente al que

ella se coartaba, para acomodar la imagen de su yo sin tacha, perfecto en no mostrar jamás nada de su sentir ni de su deseo. Durante un tiempo, la Srta. E. me hablará para mostrar su agresividad frente a los otros, otros que ella contempla a distancia y en los que siempre ve lo mismo. Afirma un "todo en uno" del que ella está excluida. La norma que según ella determina a todos los otros, la condena a ser siempre vista como la que no vale nada en comparación con las otras mujeres. La salida a la luz del peso mortificante que ha tenido para ella el Ideal materno, y de su inútil servidumbre a esa madre que sólo celebra la gracia de su hermana menor, no modifica nada de su depresión. Pues ella cultiva su depresión como un reducto de afirmación rebelde contra la Demanda del Otro. Su depresión es índice de su exigencia de que el Otro responda a su modelo y le asegure el mismo valor que a su rival.

Del Otro, dice ya conocer todo, no hay sorpresas para ella, los otros de su mundo la aburren y hacia ellos sólo siente rencor. Ella es la única de los cinco hermanos que sigue en casa viviendo con los padres. Los demás están todos casados. De los padres, en un momento dice: "Más que hablar, mis padres se tiran pinchos". En las entrevistas conmigo, así pasa el tiempo, tirándome los mismos significantes una y otra vez como pinchos, hasta que un día le di a oír que esa historietita no me interesa y que yo no espero de ella que venga a verme, que saber para qué viene es asunto de ella.

Al tiempo me llama un día, angustiada, para pedirme de urgencia una cita. A través de sus palabras, ahora precisas en su decir, me relata que ha llegado al límite. Cuando ya llevaba más de una semana sin moverse de la cama pensó, en su desesperación, en tirarse por el viaducto. Vio mentalmente su cuerpo cayendo al vacío. Se asustó tanto que se dijo, no, no. Entonces se levantó, se

vistió y salió a la calle. Se fue a pasear a un parque. Ese paseo, que más tarde encontrará en la sesión sus coordenadas significantes, marca la salida de la identificación mortificante, en un deseo sin rumbo que se detiene en el encuentro con un hombre, extranjero, de otro color, que la invita a bailar. Me dijo: "Es la primera vez que no me arrepiento de decir sí, sin saber para nada lo que iba a ocurrir con él". "Dejé de ser una borde y no me cerré." A partir de esa sesión, la Srta. E. entró en análisis y comenzó a salir de su grave depresión. El sujeto ha comenzado a moverse en los senderos de la repetición, trazados por el inconsciente. Cada vez que en su trayecto llega al punto de fracaso, al punto de mal encuentro, me vuelve a tirar pinchos y a dedicar, en la transferencia, sus airadas protestas, su convicción furiosa de lo peor, su desprecio por el análisis y su desinterés en contarme lo que sueña. Pero no vuelve a estar deprimida y ha empezado a aceptar algunos trabajos transitorios, a falta de otra cosa mejor, pues al menos con ellos gana algún dinero.

Este caso nos enseña, a mi entender, que en el instante en que el sujeto se suelta de su goce, viéndolo fuera de él, en el latido, no sin angustia y horror, de su división, entra en el terreno enigmático del Otro como Otro y del sentido que el paso por las huellas del inconsciente dará a su transcurrir de sujeto. El paseo de la Srta. E. y la llegada a un Otro desconocido, es una metáfora de su análisis y su baile con un Otro extranjero, su acercamiento, por su acto, a un Otro que interroga por el sentido de lo que quiere. Se despega ahí del Uno del Ideal. Esa dimensión del Otro surge para la Srta. E. en el instante en el que se suelta del goce al que estaba adherida en una inercia que la inmovilizaba.

Ahí se desprende la significación del sujeto supuesto al saber de una cadena significativa por desplegar y se

ÍNDICE

abre la suerte del análisis. No bastan el horror del goce que acompaña al sujeto ni la angustia. La Sra D., antes citada, está permanentemente invadida por esos afectos y no por ello entra en análisis. Hace falta la respuesta de un sujeto, un *no* que es un *sí* al Otro por venir, a lo nuevo desconocido y supuesto como *no lo mismo que antes*, lo mismo que dibujaba el fantasma. En la Sra. D., lo hemos visto, su *no* a la castración del padre, su *no* a dar algo de ella al Otro, es un *sí* a mantenerse en su fantasma, que la condena a no salir del goce que la atormenta.

El deseo del analista no es el deseo de un sujeto que quiere algo para el otro, por el otro y en el lugar del otro. Hubo un caso en el que manifesté con vehemencia un deseo en eco al que la paciente decía que se le apagaba. Interrumpió su análisis y se alejó de mí por lo insoportable de lo cobarde que ella se sentía en mi presencia. Pues yo había intervenido, apuntando como ella, en relación con su deseo, a la falta y no a la causa de la falta. Mi intervención provocó en ella su división y la vergüenza de su goce, pero no causó su deseo.

Para el analista el asunto no es acentuar la cobardía moral del sujeto deprimido. Eso sólo puede hacer retroceder, tristemente, al deprimido, frente al psicoanálisis. No es eso lo que puede hacer sentirse a un sujeto llamado y atraído por una causa por la que valga la pena atreverse a saber lo que el inconsciente cifra.

SUSANA TOTÉ *Presentación* _____ 7

A. HISTORIA Y ACTUALIDAD DE LA DEPRESIÓN

1. LOS CLÁSICOS

SILVIA ELENA TENDLARZ <i>La melancolía en la psiquiatría clásica</i> _____	21
DR. LUIS F. SOBRE-CASAS <i>Lo clásico en la depresión</i> _____	33
ANTONIO QUINET <i>Lo que los clásicos nos enseñan sobre la melancolía</i> _____	41
GUY BRIOLE <i>A-teórico</i> _____	51

2. EL OLVIDO DE LOS CLÁSICOS: DSM-IV

ANTONIO BENETI <i>DSM-IV: El "McDonald's de la psiquiatría"</i> _____	63
DOMINIQUE WINTREBERT <i>Taxinomias modernas de la depresión</i> _____	71

37-155

6